

## ESTEBAN BORRERO



VARIOS días han transcurrido desde el siniestro suceso, y aún no he podido contemplar de frente la espantosa realidad. Hay en la tragedia que ha abatido y aniquilado á un hombre del temple de Esteban Borrero algo implacable y á la par sarcástico, que deja espanto y frialdad en el ánimo más sereno. Era de hierro, y se ha quebrado como débil caña; su cerebro era todo luz, y se dejó arrebatar de súbito por un torbellino de tinieblas; el águila, que era su espíritu, sintió una vez la atracción del abismo, y se desplomó vertiginosamente en el caos. Una vida ejemplar se convierte así, ¡suprema ironía! en objeto de lástima profunda, que á él, fuerte entre los fuertes, hubiera humillado como la mayor y más inmerecida afrenta del destino.

Bien pueden creerme aquellos que hayan aprendido que los grandes dolores tienen su recato, que no tomo hoy la pluma sino impelido por un alto deber hacia su cara memoria. Prefiriera mil veces evocarla en silencio; y rehacer para mí esa existencia de luchador, de titán, que me es tan familiar; y asistir por el recuerdo al desarrollo de su espíritu poderoso y al florecimiento de su gran corazón, como pude asistir, en la realidad de su vida, siguiéndolo paso á paso en su áspera vía de esfuerzos y de triunfos.

Pero debo á su mérito, y debo á cuantos lo amaron, siquiera un breve testimonio, que contribuya á mantener en su legítimo realce una figura, que no debe perderse en la sombra del olvido. Fuí testigo de su noble vida, desde la adolescencia, y pude leer en su vasto espíritu, como en un gran libro abierto siempre y familiar en todas sus partes.

Todo en él excedía de la pauta común: el corazón, la inteligencia, la actividad. De pocos podrá decirse con tanta razón como de Borrero, que se formó solo. Por sus propias manos se labró su estatua, que resultó admirable, y por su propio esfuerzo le infundió vida, la vida del saber y del amor á lo bello, á lo puro, á lo grande. Desde niño su curiosidad se dirigía á los aspectos interesantes de cuanto lo rodeaba, lo mismo en la ciudad que en el campo; pero el contacto directo con la naturaleza tenía para él encanto irresistible. Su pasión por los pájaros lo condujo desde temprano á una como vida de pequeño cazador, para quien llegaron á no tener secretos ni los nidos, ni las plantas, ni las colinas, ni los ribazos. Su alma se impregnó de la luz y del perfume de nuestros campos, del rumor de nuestras selvas, del canto profundo de nuestros mares; y la belleza se le reveló desde entonces, lo poseyó y lo marcó por suyo. Le concedió en cambio el don excelso y funesto de la poesía.

El niño observador era al mismo tiempo lector infatigable, y, para completar en todas sus fases su carácter, tenía desde entonces el ansia de comunicar lo que descubría en el mundo del pensamiento y la virtud de enseñar. Sin darse cuenta, cuando otros empiezan á ser discípulos, ya él era maestro. Después siguió sin cesar estudiando y enseñando.

Al mismo tiempo la vida fué para él desde temprano dura palestra. En la edad en que otros se apoyan confia-



dos en hombros más robustos, él tuvo que prestar el hombro aún débil para dar arrimo. El deber en su forma más austera le salió al encuentro al dar los primeros pasos de adolescente; y él lo siguió risueño, con la mente elevada á lo más ideal, como un soñador, y con la voluntad dispuesta á medirse cuerpo á cuerpo con lo más duro y recio de la realidad, como un guerrero.

En ese triple molde se formó ese hombre excepcional, dotado de la inteligencia más plástica, de la imaginación más portentosa y de la actividad más disciplinada. Había aprendido las ciencias naturales, demandando sus secretos á la misma naturaleza, la fisiología estudiando la máquina humana viviente, la medicina en las clínicas antes que en los libros, la filosofía en el mundo, las bellas letras en las obras maestras del ingenio, que podía leer casi todas en la lengua en que están escritas. Pasmaba su saber, pero pasmaba aún más considerar que lo había adquirido en medio de un trabajo continuado, emprendido casi desde la niñez.

Borrero escribía con sin igual facilidad y concebía á la par que escribía. Fué un maravilloso improvisador; porque el tesoro de ciencia y experiencia que tenía acumulado le permitía derrochar sin peligro. Pero con ser tan notable su producción escrita, para apreciar bien su talento portentoso había que oírlo hablar. Era la elocuencia hecha hombre. Todo lo reunía, calor comunicativo, convicción honda, facundia pintoresca, imaginación fulgurante, originalidad absoluta. Oyéndolo se comprendía sin esfuerzo que aquel cerebro contenía un mundo.

¡Ay! sucumbió á ese peso ingente. Me estremezco al pensar las torturas á que debió estar sometido, cuando su ciencia vigilante de médico experto le hizo columbrar la celada espantosa en que había de caer. El terror de la sombra lo precipitó en la nada.

Cuba ha perdido en él un patriota acrisolado; sus amigos, un corazón leal y generoso; sus compañeros de letras y de profesión, un maestro insigne; sus desventurados hijos, un padre; la humanidad, un hombre.

ENRIQUE JOSE VARONA.

3 de abril.

*Abil 3/*

